

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:

La ideología del film (¡qué pesadez!)

Autor/es:

Montiel, Alejandro

Citar como:

Montiel, A. (2001). La ideología del film (¡qué pesadez!). La madriguera. (39):51-52.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/41972>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



EL VIEJO TOPO



(A Josexo Cerdán, Joan M. Minguet, Ana Nuño, Arturo Pascual y Santos Zunzunegui, con quien he pensado en estas cosas.)

Hay dos pasmosas y difundidas ideas vigentes sobre el arte en general, y sobre el arte cinematográfico en particular, que merecen alguna atención. Una es la idea de la *autonomía del Arte* (Arte con preocupantes mayúsculas); la otra es la noción de *arte popular*.

La decimonónica idea de la *autonomía del Arte* es, a mi juicio, una idea nefasta, porque otorgarle al *artista* patente de corso para que, haga lo que haga, su hacer no esté en función de rendir con ello un servicio a nuestras necesidades y apetitos sino que se erija en *nuestra conciencia* –más allá del bien y del mal–, no me parece de recibo. Las casas donde vivimos –arquitectura– o los objetos con los que convivimos –pintura, escultura, artes decorativas– o los relatos que se producen en nuestro derredor –novelas, películas– o bien mantienen cierta responsabilidad con nuestro bienestar –y no son, por lo tanto, *autónomas*, ni *ahistóricas*, ni *apolíticas*, ni nada de todo eso– o sencillamente forman parte de la moto que alguien nos está intentando vender. La idea de *autonomía del Arte* ha solido servir descaradamente de pretexto, como la de *intertextualidad* a un conocido Director General de la Biblioteca Nacional, para dar gato por liebre. En cuanto a lo de *arte popular*, si esto se aplica al cine, la idea también se las trae, porque si bien la cestería o la alfarería, entre otras artes indudables, son (o fueron) una respetabilísima actividad rural del pueblo y para el pueblo (manufacturas baratas), la producción de una película es carísima. El cine que comúnmente consumimos es pues, y ha sido siempre, una industria burguesa, y si se quiere (eventualmente) un arte burgués (antes, llamado *de masas*) que se amortiza gracias a que un gran número de personas pagan entradas, compran o alquilan vídeos y *consumen*

ideas. ¡Qué pesadez! ¡Otra vez a vueltas con la *ideología del film*, aburrido asunto que felizmente creíamos haber zanjado y dejado atrás en los setenta! No se asuste el lector: no se trata aquí de que *queramos retornar a la vieja práctica cineclubista* –como escribió en

el número 25 de *La Madriguera* Santos Zunzunegui en la que las obras cinematográficas se condenaban o absolvían en función de la supuesta importancia de sus asuntos–, pero sí, efectivamente, de darle algunas vueltas más a eso tan manido de la *ideología*

LA IDEOLOGÍA DEL FILM (¡QUÉ PESADEZ!)

del film, comenzando por advertir que el principal error consistió entonces (en los setenta) y consiste aún hoy en reducir la *ideología* a *ideología política*, pues esta última es a menudo fácilmente discriminable o del todo imposible de discriminar, pero siempre está estrechamente emparentada con los avatares censores; la otra, por el contrario, como aduzco más adelante, no es tan obvia como parece.

Probablemente, la ominosa historia de la censura cinematográfica del siglo pasado –en todos los países del mundo que tuvieron cine– le resultará a nuestras nietas o nietos poco menos que inconcebible. Se preguntarán: ¿cómo es posible que se tuviera tanto miedo a la imagen de una méntula o a una frase de diálogo en la que un personaje muestra simpatía hacia la República española? Pronto resultará arduo dar una respuesta satisfactoria a tales preguntas, porque lo cierto es que el exultante racismo de *El nacimiento de una nación* (*The Birth of the Nation*, D. W. Griffith, 1915) es hoy ya tan trasto viejo como la dudosa legitimidad de Aquiles para invadir Troya en *La Iliada*, aunque éstas sean *ideas* que, irreparablemente –“el pasado es atroz por irreparable”, escribió Borges–, nos han legado nuestros cineastas y poetas. En consecuencia, exonerar a Griffith de esa responsabilidad *ideológica* y *política* es tanto como admitir que, en su descripción del conflicto bélico entre troya-



nos, Homero era imparcial.

Ahora bien, en cuanto a las otras formas de *ideología* o, si se quiere, a las otras ideologías de la(s) forma(s) –menos coyunturales y políticas–, el asunto no es tan simple. El film es, según sigue creyendo este pelmazo que *les* habla, un artefacto que administra ideas, *ideología*, y no sólo, aunque también, una mera *máquina de placer* (como escribió bellamente Anette Kuhn), comprobación que puede resultar muy tediosa, pero que, desde luego, no es *evidente*. O, por mejor decir, puesto que de consuno críticos y espectadores juzgan este hecho, paradójicamente, *demasiado evidente*, ha pasado a ser *invisible*, e incluso, como consecuencia de un comprensible y perezoso deslizamiento de esta resbaladiza *idea*, tácitamente *inexistente*, o cuando menos *irrelevante*. En otras palabras, por *ideología del film* entendemos aquí también, y sobre todo, *aquello de lo que generalmente no se habla*, y más exactamente, *aquello que sólo habla en el film*, y que –al parecer– resulta ininteresante por obvio. (Dicho sea de paso, la negación de la mera existencia de ideología alguna es una de los más geniales y exitosos postulados de las ideologías conservadoras actuales.)

Sin embargo, recordando a Deleuze, si ciertamente es difícil saber qué es tener una *idea en cine*, tampoco es tan sencillo *verla*. Ejemplo reciente: ¿de qué diablos habla o que valores aduce *State and Main* de David Mamet? Ejemplo remoto: ¿se agota la *ideología* de *The Birth of a Nation* en su indiscutible utilidad para los fines del Ku-Klux-Klan? Como la mayoría de los espectadores, yo también admiro, en este último film, el *emocionante* encuentro, al regreso de la guerra de Secesión, entre el Pequeño Coronel y su hermana Flora, y juzgo infame la secuencia de *The Bird of the Nation* en la que ostensiblemente se culpa a los negros de la degradación del parlamento estadounidense, pero ambas ideas –que están claras– no son las únicas presentes en esta película. Cierto es que esas otras ideas exigen de su espectador –por utilizar de nuevo una afortunada expresión de Santos Zunzunegui– una *mirada cercana*, pero ¿es que no vale la pena hablar de,

con ellas, hablar de todo y con todo lo que *habla irreflexivamente e inexorablemente en éste o en cualquier otro film*?

Creo que la respuesta que masivamente estamos dando en las últimas décadas a esta pregunta es no. No, no vale la pena, según hemos convenido. A mi juicio, y por muy raro y polémico que parezca, casi nadie tiene ganas hoy de ver, oír y describir, y mucho menos discutir, lo que habla *en el film*, ni *de lo que habla el film*. ¿Que cómo es eso? ¿Que cómo podría ser así? ¿Qué por qué? Propondré a renglón seguido una explicación que me gustaría ver rebatida algún día por cualquiera de ustedes en estas mismas páginas (quizás, incluso, por alguno de los colaboradores de *La madriguera* a los que dedico este escrito).

El cine, como la pintura o el teatro, que antaño fueron, o bien banalidades o bien temibles administradores de (posiblemente) peligrosas ideas, hogaño –en la flamante era del *mercado-leninismo* de Bush, según feliz expresión de Carlos Fuentes– han dejado de ser –se dice– esos enérgicos instrumentos de socialización/patologización que fueron, porque de eso se ocupa ya la tele e Internet. El cine es, pues, ya, definitivamente, o ese entretenimiento inocuo, o un ARTE, con grandes mayúsculas, autónomo, popular, tan ARTE como el teatro o la pintura. Craso error, pues se ha dado en creer así que tales films han abandonado la *polis* y se han instalado en el Olympos. Por lo tanto, con el film ya no se dialoga; el film se cataloga.

Consecuentemente, también el *discurso estético* (¿desideologizado? ¿solipsista? ¿incapacitado para el diálogo?) sobre el film ha dejado de ser divertido (un *saber* esterilizado, sin *sabor*, como diría Barthes), y más bien empiezan a dar grima tanto la complacencia colectiva hacia esos *objetos culturales* (los films: primorosos cadáveres) como sus risueños detractores o hagiógrafos (nosotros: los espectadores, los críticos), inopinadamente convertidos en superficiales coleccionistas de formas prestigiosas o/y en fulminantes historiadores.

Alejandro Montiel